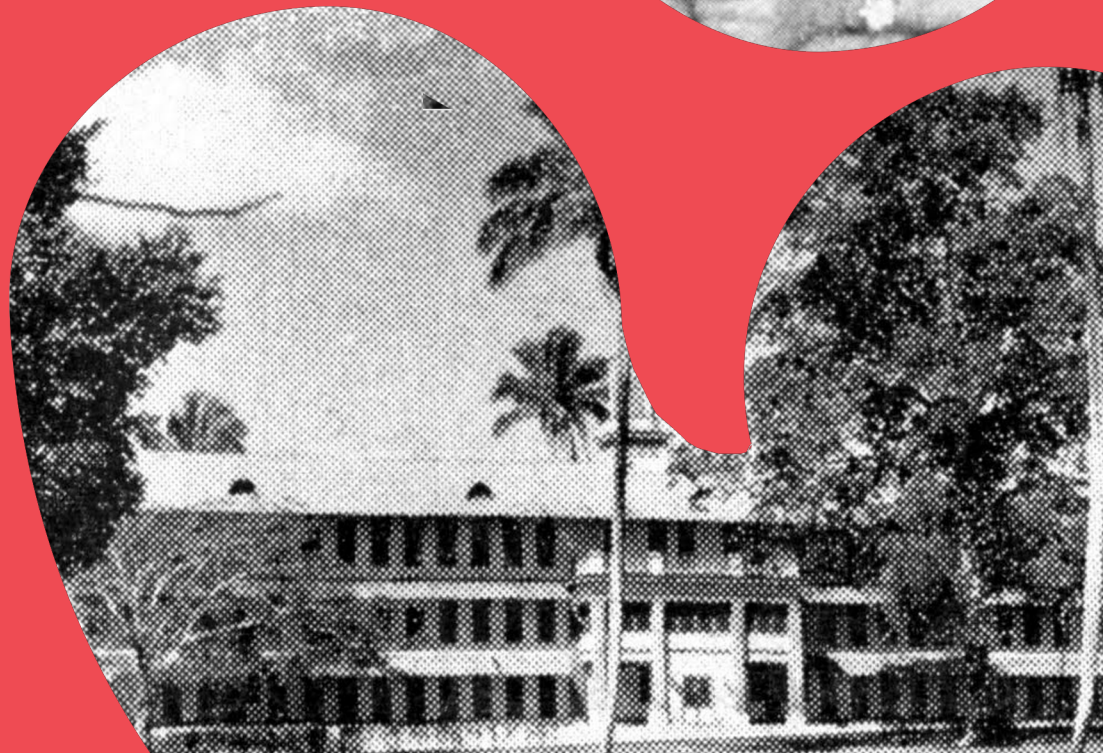


NARRACIONES PORTEÑAS

¿QUIÉN CUIDABA LA SALUD DE LOS PORTEÑOS?

Por Julio César Acosta V.



Fecha de Publicación
Enero 2024

¿QUIÉN CUIDABA LA SALUD DE LOS PORTEÑOS?

Julio de 2015.

Desde que pasaba el edificio donde operaban las oficinas generales, el Operador de la ambulancia ferroviaria hacía sonar una campana, para anunciar que estaba llegando a su destino: el hospital de la Chiriqui Land Company en Puerto Armuelles. El chirrido de las ruedas, al friccionarse con las vías férreas, era el anuncio para que hombres, mujeres y niños se prepararan a desembarcar en busca de atención, luego que los Dispensaristas los refirieran desde las fincas bananeras donde vivían, a ponerse en manos de médicos idóneos, que les restablecieran la salud perdida.

Haciendo un análisis en retrospectiva; como parte de su política social, la Chiriqui Land Company cuidó de la salud de los trabajadores y sus familiares, brindándoles atención médica, servicios de laboratorio, de rayos X, de suministro de medicinas, tratamientos de curación, cirugía y hospitalización, antes de 1970. El acceso a los servicios médicos se obtenía, sin cita previa, con la presentación de “órdenes médicas” en formatos blancos, rosados o amarillos, que las oficinas de cada departamento o finca expedían, a petición de los trabajadores; los blancos, para los trabajadores; los rosados para las madres, esposas o compañeras e hijos de trabajadores que devengaran menos de B/.100.00 mensuales, para quienes todos los servicios eran gratuitos. Los formatos amarillos eran para los familiares de trabajadores que devengaban más de B/.100.00 mensuales, para otros familiares del trabajador, sin vínculos familiares con éste y hasta para particulares, cuya atención se prestaba con cargo al trabajador, a precios muy bajos, con una factura, cuyo importe se descontaba del salario del trabajador, mediante cuotas de bajo importe.

El hospital de la Chiriqui Land Company era una estructura de madera de tres pisos, pintada de blanco y verde, que contaba con salas para hombres, para mujeres, para niños; salas de aislamiento (para tuberculosos y víctimas del sarampión), otra

para enfermos crónicos, algunos de los cuales “vivieron” en el hospital 10 y 15 años, como un joven de apellido Corella, que hizo un clavado en una poza donde se bañaban los muchachos, pero calculó mal, cayó en un área que tenía poca agua y quedó paralizado del cuello para abajo. El hospital contaba con cocina para proporcionarle alimentación a los enfermos hospitalizados, salón de operaciones, lavandería y hasta una morgue, sin contar con que el hospital proporcionaba los ataúdes a bajo precio. Durante la epidemia de poliomielitis, que llegó a Panamá, a mediados del siglo pasado, el hospital fue uno de los primeros en el país en contar con un pulmón de acero, para tratar esa incapacitante enfermedad.

Tengo edad suficiente para poder evaluar grosso modo, el carácter profesional y compromiso del cuerpo médico. Apelando a mi memoria, voy a citar los nombres de los médicos que recuerdo: La Dirección Médica estaba a cargo del Dr. Lawrence Drennan, un circunspecto profesional que tenía la apariencia de un escritor o actor de teatro y dirigía un equipo médico conformado por el Dr. Carlos Villafuerte, un guatemalteco que podía atender hasta 50 pacientes en un día, un cirujano hondureño de apellido Zúñiga, el panameño Julio César Contreras, que se preocupaba con celo, de descubrir el incipiente cáncer en las mujeres, el veraguense pediatra, Dr. Carrizo, el Dr. Jiménez, el Dr. Cascante, que llegó a ser un respetado ortopeda, un médico desgarbado norteamericano de apellido Ewing y el Dr. Ricketts, un norteamericano tímido, que había sido médico cirujano en la Segunda Guerra Mundial, para quien su pasión era reponer la salud de la gente en el salón de operaciones. El hospital lucía limpio y ordenado, gracias a la disciplina impuesta por Miss María Ruiz, enérgica y competente Jefa de las enfermeras, que había sido dos veces Presidenta de la Asociación Nacional de Enfermeras de Panamá y cuyo nombre lo ostenta la biblioteca de esa organización.

Los servicios odontológicos estaban externalizados y la clínica dental, a cargo del Doctor Domingo Amat, funcionaba en la planta baja, a la entrada del hospital. Para obtener los servicios que prestaba la clínica, que incluía la limpieza dental, las

extracciones, los tratamientos y el suministro de prótesis, las personas acudían, sin cita previa, armadas con un pase de color amarillo, que denotaba que el trabajador era el responsable de la cuenta, que se cobraba en la forma en que ya se explicó.

Deseo referirme al Doctor Amat, para destacar que era un culto y talentoso profesional de la medicina odontológica, que formó parte del cuerpo docente de la Facultad de Odontología de la Universidad de Panamá, de la cual llegó a ser su Decano.

En materia de salud, las condiciones de las trabajadoras estaban en buenas manos. La pregunta obligada es, por qué cambiamos algo que andaba bien, por un Seguro Social que no funcionaba bien ni en David y menos lo haría en la zona bananera, donde la Caja no tenía instalaciones, ni médicos. La respuesta obligada es, porque la seguridad social ofrecía la esperanza de la pensión de vejez, a la que denominábamos la jubilación.

La presencia del Seguro Social en Distrito de Barú y hasta en la región bananera de Bocas del Toro, se debió a una coyuntura política y a la visión de los dirigentes sindicales, con el Secretario General Martín Cano al frente, que arriesgaron el prestigio personal y del Sindicato, convenciendo a los trabajadores de que accedieran a pagar el 6% de sus salarios (en el resto del país se pagaba el 5%), a cambio de contar con los mismos servicios de salud que proporcionaba la Chiriqui Land Company, más el servicio de médicos especialistas a nivel nacional, pero ante todo, contar con la seguridad de los ingresos cuando la vejez o las enfermedades, no les permitieran trabajar.

El cambio fue difícil y hasta polémico, pero la decisión fue la correcta, tal como lo prueba la gran cantidad de gente que trabajó muy duro y ahora cosecha un cheque cada quincena. Me resisto a pensar lo que sería de Puerto Armuelles, si en 1970 no hubiera echado raíces en nuestro pueblo, la seguridad social, que llegó para quedarse.